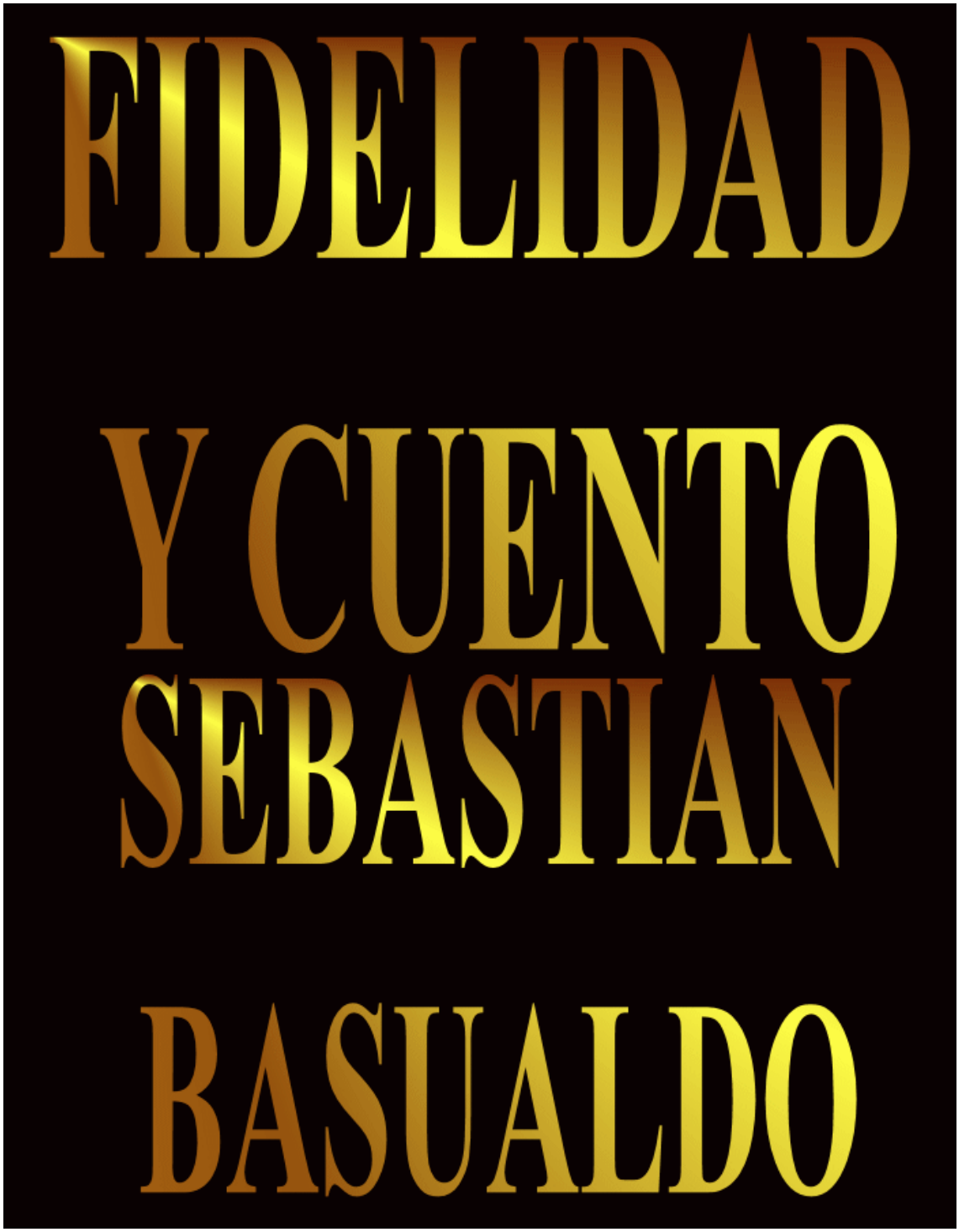
FIDELIDAD Y CUENTO
SEBASTIAN BASUALDO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Después de escuchar la voz y reconocerla, sólo después de descifrar por completo el mensaje, contestó serenamente:

–Cuando quieras.

Y cortó. Fue cuando cortó que pareció comprender, entre otras cosas, la importancia que a partir de ahora tendría el teléfono en su casa. Es ridículo, se dijo. Pero no lo era en absoluto, y él lo sabía, como también sabía que después de haber colgado el tubo, miró hacia la puerta de calle pensando en lo que faltaba.

–La llave–dijo.

Su voz se perdió en el último rincón oscuro del departamento, obligándolo a reconocerse completamente solo. El miedo comenzará a trabajarlo. El sudor y sus manos temblarán cada vez con más prisa. Este hombre, hasta hoy, nunca había comprendido el significado cabal de la palabra miedo. En cambio ahora parecían converger en él todas esas sensaciones. Quizá por eso buscó las llaves que estaban encima de la mesa y rápidamente le dio dos vueltas a la cerradura. Se alejará de la puerta como si le quemara, dejando un manojo de llaves oscilando como un péndulo sobre su propia sombra: un constante movimiento de ida y vuelta hasta detenerse a la altura de la desconfianza y el arrepentimiento. Intentó calmarse. Sacó el pañuelo que tenía en el bolsillo de la camisa, y, desplegándolo todo, se secó la transpiración de la frente. Después entró en su habitación y abrió las puertas del placard: en uno de los estantes había una pequeña caja de madera. Cuando la abrió no hizo otra cosa que sonreír. No pensó en Laura. Cerró la caja y la dejó en el estante. Se sentó bien al borde de la cama y examinó cuidadosamente el revólver calibre veintidós. Herencia del abuelo, pensó; girando el tambor, contando las balas.

–Uno, dos, tres –dijo, mirándose en un espejo–. Son tres. Siempre habían sido tres.

Metió el revólver entre el jean y su abdomen para poder llevar el espejo al living. Ahora que lo contemplaba detenidamente parecía alegrarse de que tuviera un hermoso marco de madera labrada. Tardó pocos minutos en ubicar todo en el centro del living. Una vez que acomodó la silla frente al espejo, se preguntó que pensaría su abuelo si lo viera.

–Porque vos pensás que yo estoy loco–dijo, mirándose a los ojos, manipulando intranquilo el revólver–. Pero yo te voy a demostrar que no estoy loco. Es más: te voy a contar un secreto, te voy a regalar una revelación. –Y apuntó hacia la puerta. Las llaves no se movían; estaban juntas como si fueran parte de la cerradura–. Hay cosas que no deberían saberse nunca, porque de lo contrario uno piensa, y si piensa...–Volvió a mirarse en el espejo. Ahora se miraba y se apuntaba con el dedo puesto en el gatillo como si fuera a pegarse un tiro con una palabra–. Cuando te diga la verdad, me vas a dar la razón, te vas a dar cuenta de que no estoy loco. Vas a saber lo que se siente. –El caño del revólver temblaba. Las gotas de sudor le humedecieron los labios–. Vos no te imaginás lo que es descubrir que tu mujer te engañó durante tantos años. Sí, imbécil, no me escuchaste mal, años fue lo que dije; pero no diez años constantes. No. ¿Cómo? ¿ Romeo y

Julieta? ¿Poe y Virginia? No existen. Te estoy hablando de otra historia, menos fantástica, una historia de amor cobarde. La historia de Laura y Alejandro. Cobarde. Cada dos meses, o cada cinco. Dos veces por año. Miserable. A veces, sabés, me pregunto qué mentira de amor le habrás contado fumándote un cigarrillo en la cama de algún hotel. Me los imagino a los dos: ella desnuda, apoyada en tu pecho, te pregunta si alguna vez la quisiste. Vos, algo así como el Garibaldi argentino, le contestás con un silencio. No lo pienses, yo te lo digo: el amor es para los que pasean perros y pintan cocinas los domingos por la tarde. Adora esas frases.–Bajó la mirada y el revólver. Durante unos largos segundos se quedó callado. Con el pañuelo se secó nuevamente la transpiración de la frente–. ¡Cómo le mintieron! Sobre todo cómo le mentiste vos y las Soledades de Babel. ¡Me llenaba la casa! Me la llenaba de su poesía. Mejor dicho: de tu poesía. ¿Qué le contabas? Me imagino. Le decías que nunca iba a encontrar un hombre como vos, que lo de ustedes era especial. Distinto. Eterno. ¿No le decías que las noches son más estrelladas cuando se pierden en su vientre? Seguro que sí, y ella te creyó. Seguro. A Laura le das poesía, la colmás de poesía... Los admiro. Te juro que los admiro. ¿Querés saber por qué? Porque tenía que acostarse con su marido. Sí. Jamás dijo que estaba cansada. Tenía que acostarse con los dos: vos cada seis meses, y yo... Yo la cuidaba cuando se enfermaba. Paradojas del destino. ¡No me mirés así! –Respiró profundo. Se pasó el pañuelo por la frente –. Ya está. Ya pasó. Estoy bien. Vení, no te vayas, hablemos. Sentate. ¿Qué le decías? ¿O era ella? ¿A ella le gustaba? Claro que sí. A mi madame Bovary le fascinaba estrenar las tardes con vos. –Ahora se miraba como quien mira a alguien que está a punto de quebrarse por una tristeza antigua. Apoyó el revólver sobre la sombra que proyectaba una de las patas de la silla–. Vos no tenés idea de lo que es enterarse. Saber que tu mujer, la única mujer que amaste en tu vida... –Se adueñó nuevamente del revólver y apuntó a la puerta cuando las llaves comenzaron a moverse. Alguien tenía intención de entrar y parecía haber calculado que la llave estaría puesta. Durante todo ese tiempo él no se movió. Ni siquiera cuando las llaves cayeron al piso y la cerradura cedió sin dificultades, él no atinó a hacer el menor movimiento. Era Laura. No terminó de abrir la puerta; se asomó primero como quien quiere dar una sorpresa o iniciar un juego. Hasta que vio el revólver.

Sus ojos verdes lo devolvieron a la realidad. Hermoso color de ojos, realmente. Algunas veces, él solía decirle que el color de sus ojos cambiaba según el día, el clima. Pero ella no corroboraba sus palabras. Y lo cierto es que siempre eran verdes. Como el Nilo, le decía él; levantándole la falda unos centimetros, argumentando que debía hacer cortar algo de tela si no quería parecer una monja. Y lo cierto es que no le importó en absoluto que Laura se sorprendiera al encontrarlo así: sentado en una silla frente a un espejo y con un revólver en la mano. ¿Qué haría ahora? No lo sabía. Y lo más hermoso de ella podía ser justamente eso. O bien podía comenzar a llorar desconsoladamente, o bien podía pararse frente a él y preguntarle:

–¿Qué pasa?

–Ya es un poquito tarde para preguntar qué pasa.

Laura intentó arrebatarle el revólver. Pero él se lo impidió. Antes de cambiar el revólver de mano, le había apretado muy fuerte la muñeca.

–¿Dónde está Pablito?–preguntó él.

–Con su abuela.

–Llamá y preguntá si está todo bien.

–¿Qué pasa? –preguntó Laura, y era en la comisura de los labios donde se le notaba que ya había comenzado a asustarse. Lo que antes fuera incomprensión, ahora era un presentimiento terrible–.¿Qué pasa con Pablo?

–Por favor, dejá de hacer preguntas y llamá.

Laura marcó el número.

–Hola, mamá. Bien. Todavía tengo que hacer algunas cosas. Bueno. No, en una hora estoy allá. ¿Y Pablito? Mirando televisión –Al decir esto, lo miró a él–. No, está bien. Dejalo. Bueno. Hola... ¡Hola, mi amor! ¿Cómo estás? ¿Qué estás viendo? Qué lindo, hijo. Escuchame. En un ratito te paso a buscar, ¿si? Yo también te quiero. Chau, mi amor. Mandale un beso a la abuela, tengo que cortar. Me apuro, si. Chau.

Cortó. Se miraron.

–¿Qué está pasando?

–Me llamó.

–¿Quién te llamo?

–Dejá de jugar, Laura. Me llamó. ¿Sabés lo que me dijo? Que me va matar. Eso dijo. Y a mí me gustaría saber cómo supo mi número de teléfono.

–Por favor, Alejandro –dijo Laura–. Tranquilizate.

–Estás temblando.¿Por qué tanto miedo? ¿Por el nene o por su padre? Quedate tranquila, mujer. Yo no soy capaz de matar a nadie. Pero eso sí, que ni se le ocurra venir.